



Autobiografía del primér Diós americano reálmente autóctono

**Me cuéntan mis adorábiles fiéles y mis fíles
adoradóres, que ántes de yo aparecér...**

Los priméros pobladóres que se adentráron en América, que descubriéron éste enórme continénte, bello y deshábítado, y a quienes se les había encargádo úna lárga peregrinación: recorrér tódo el continénte pára conocérlo y amárlo péro con la obligació de conservár su unidád e igualdád, tódo ésto a cámbio de ser duéños de tódas ésas tiérras

hásta el finál de los tiémpos, pronto viéron que la misión no íba a ser tan fácil como habían pensádo.

Es tan dúro el desplazárse contínuamente hácia el sur y tan fácil el quedárse en ésos lugáres maravilósos que vámos descubriéndo, que el mantenér ésa unión e igualdád, cáda vez se háce más difícil. Si algúnos nos quedámos, la unión se piérde, y con el tiémpo perdémos la igualdád, ya que la distáncia que nos sepára de los que continúan, créa costúmbres y creéncias diferéntes, el clima favorece diferéntes rázas y el tiémpo créa multitud de lénguas.

A los que la misión de llegar al finál del continénte no les agráda, ha hécho que aparézcan várias manéras de justificár su inconformidád, presentándo las ventájas de ser diferente, no igual, y creándo un sentimiento favorable a desunírlo tódo, y así poder parár ése gran viáje y lárga peregrinación hácia el finál de ésa tierra pára ellos desconocída, intermináble y sin ningún interés, ya que en donde están, ya tiénen más de lo que puéden deseár.

Pára poder llevárle la contrária a los Siéte Díoses Igualitários, soberános de éstas tiérras, pára lograr detenér ése intermináble viáje, y pára impedir que la igualdád gáne, ya que, si ésos siéte

dióses extranjéros lógran ésa igualdád éntre nosótro, se nos van a quedár definitivamente en América y serán todavía más poderósos...

Pués a un humano se le ocurrió la idea de crear un Dios al que pueda adorár, obedecér y pedirle sus capríchos, péro pudiéndolo hacér de úna manéra más cercána, como de tú a tú. Y así comenzár un principio de diferenciación y de desunificación. Luégo ya vendría el diferenciárse en lénguas, costúmbres y rázas. ¡Ay! Por qué tenemos que diferenciárnos pára poder justificár el no continuár.

Pués éste nativo, túvo la idea de hacér de bárro (póco originál), úna figúra que sería su Dios. En ése momento «céro», en el instante en donde me púso a cocér, ése fué el momento en que yo nací.

Y me llamó «Je»

* * *

Mi creadór arguménta que, si ya tiene un diós própio, no es necesáριο obedecér a los ótros.

Los priméros habitántes que llegaron a América, no encontráron a ningún diós autóctono en el terréno. Están los eleméntos, cláro, (que no

son dióses), y a los Siéte Dióses Iguaitários, péro venídos de fuéra de nuéstro planéta, y como éste terrítório les ha gustádo (¡y a quién no!) pués se han apoltronádo aquí, víven en úna álta montaña (úna búrda cópia del Mónte Olímpe), y no son muy querídos por algúnos de los humanos que han llegádo después a éste continénte. Péro un diós de raigámbre locál, lo que se díce del puéblo, vámos, autóctono, rural y con raíces... pués no lo hay.

* * *

Así es que os voy a contár mi história (podríamos titularla «La autobiografía de un Diós americano») que créo que al ménos es diferente y original. O séa la de un supuésto diós, que tiéne fórma física, que es concebído y creádo por un símples humano y que sorprendéntemente tiéne múcho más poder que el que lo ha creádo y que éste hómbré acépta además, adorárló, obedecérlo y servirlo, ¿álguien lo entiénde?, Pués yo no. Úna leyénda muy diferente a las histórias de los hómbrés que se procláman a sí mismos dióses y son éllos los adorádos. Ésto último, sí que lo entiéndo yo.

Téngo que comentár ántes de explicár éste reláto, que sí, que soy un diós y que según dícen téngo múchos podéres, péro como no recuédo

náda de ántes de ser creádo, pués mi vída
comiénza como con el buén pan, con úna cocción.

Tampóco débo exagerár, sé lo que ha pasádo
en éste múndo ántes de que yo «háya nacído»,
péro no por mis inménso podéres síno porque los
humáno me lo cuéntan tódo, la de hóras que se
pásan delante de mí, pidiéndome mercancías, y
hablándome de sus cósas.

En cuanto a las increíbles virtúdes que poséo,
pués la verdád es que no sé de dónde las he
sacádo, quién me las ha dádo, de dónde han
venído y ni siquiéra sé, qué débo hacér con éste
don, o cuál es mi misión en éste múndo.

Ya désde mis inicios me he preguntádo si las
tiérras sin habitánte tiénen dióses, ya que no créo
que ésas divinidádes se preocupen de la moralidád
o sentimiéntos de los animáles, plántas o
mineráles. Por tánto ¿hay o son necesários los
dióses si no hay población humana?

¿Tiénen las plántas o mineráles dióses?, cómo
puéde pecár un gas, ¿saltándose las léyes de la
física?

Y si no hay hómbrés, ¿existe el bién o el mal?

Cualquiera diría que el primer diós a quien adorár y respetár, creádo en éstas tierras de América (o sea, yo), sería úno muy relacionádo a sus primeras necesidades básicas, diós de la agricultúra, de la caza, o si lo sofisticámos algo, del amor o la fertilidad. Péro no.

Téngo que reconocérlo, désde el principio yo no sé, ¡qué! me estába pasando, no entiendo náda de náda. Péro póco a póco voy comprendiendo la situación, si bién téngo que reconocér que tódo lo que sé es por lo que escúcho o me cuéntan los humanos, ya que yo no me puédo ni movérme, váya diós poderóso que soy. Téngo únas piéernas muy córtas que me ayudan a sentárme cómodamente, péro náda más.

El que me ha creádo, me píde cosas poniéndose de rodillas delante de mí, y yo sin entender náda, péro según él... se las doy. En realidad aparéce lo que él me encárge, péro estoy segúro que yo no he hécho náda.

Lo más sorprendénte es que úna vez obtenído, vuélve a pedir más de lo mismo, o similar.

Y aquí llegó un cámbio muy importánte. Como no dejába de solicitár cosas, y ya no le cabían en su cabáña, ni sabía dónde escondérlas, ni podía

callárse la bóca y necesitába hacérse importánte, decidió dárme a conocér.

He comenzádo a entendér, al ver la reacción de los visitánte que él invíta y a quienes les muéstra lo que yo le doy, que él píde cósas que los ótros no tíenen y que él no se meréce, ni tíene el derécho a poseér...

Sorprendéntemente lo que él me píde, al póco en su chóza aparéce y algúna vez, pára mi más absoluta sorprésa, ya se muéstra ántes de pedírmela. Tódo ésto pára él es importánte, ya que le conviérte en un ser mejór de lo que éra ántes. Y así es admirádo y envidiádo por sus vecínos por lo que consígue.

Os asegúro que núnca he sabído, a pesár de tódo mi poder, de dónde sáco yo, o él, tódos ésos regálos, si bién un día oí a úno de los visitánte, que creía que úno de los objéto de jáde éra robádo, péro que no estába muy segúro.

* * *

¡Diós mío! (váya exclamación viniéndo de un Diós), la de cópias que se han hécho de mi figúra, y la de cópias que se hácen de las cópias de las cópias, de mi estatuílla, y cláro, siémpre tratándo de mejorárme.

Y yo tengo que velar para que todo lo pedido a cualquiera de los duplicados se cumpla. Hay de mí, esculturas de piedra en montañas, tallas en maderas aromáticas, de metal o con vestidos multicolores, de todos los tamaños posibles, y ninguna igual al original.

Qué curiosas son la cantidad de cosas diferentes que me piden, y las cosas que piden a una de las figuras y no a otras... Como más grande, más rícamente adornada es mi réplica, cosas más difíciles le suplican.

He ido aprendiendo y tomado la decisión de limitar lo que acepto de sus peticiones. A veces lo hago concediendo sólo una de cada diez demandas, luego una de cada cien, y otras aceptando todo lo que se pide, pero de una sola imagen... y voy cambiando cuál es la imagen más generosa. ¡La de peregrinaciones que se organizan! Bueno a estas alturas ya me entendéis, que de todo esto me entéro yo mucho después, sin que en realidad yo haya decidido ni hecho nada.

Es increíble la cantidad de cosas que piden y que aparécen o son concedidas y de las que yo no soy el responsable ya que físicamente ni puedo ni tengo el tiempo, ni las ganas de conceder. Lo digo porque son ellos los que aseguran que las obtienen

gracias a mí, y que a pesar de ser ellos mismos, los humanos, los que las logran o las consiguen sin mi intervención, igualmente me las adjudican a mí y me las agradecen y así hacen que esa estatua de turno, sea el dios o la diosa más poderosa a la que hay que adorar por sus características más generosas y diferentes de todas las demás. Al final, opté por no conceder nada, pero siguen diciendo, que soy yo el que les he dado no sé qué cosas, y siguen viniendo a adorarme y a agradecerme las.

Está claro que cada propietario, responsable o creador de uno de estos ídolos, lo que quiere es que todos crean que el suyo es el más poderoso, el mejor, el más bueno y al único que hay que adorar.

Lo curioso es que cuando algo de lo pedido no se cumple, en lugar de recriminarme, presentan todo tipo de argumentos para disculparme de la omisión: No nos lo hemos merecido, no le hemos hecho suficientes ofrendas, alguien de la familia ha pecado, etc. ¡Qué maravilla!

Con todo el tiempo libre que ahora tengo, a medida que voy entendiendo de qué se trata todo este juego, he decidido poner coto a sus demandas. Así es que he hecho aparecer «mis» propias leyes para que la cosa no se desmadre. Pero curiosamente y debido a los diversos

sentimientos y mentalidades, las reglas que yo mando (que en realidad se las inventan ellos), pero que a mí me atribuyen, estas reglas son diferentes según el ídolo que se úse y que tienen muy poco que ver con el original, o sea que: «mis» leyes las ponen, modifican, amplían y úsan como quieren, según el día, el humor, o la necesidad.

* * *

Tengo que aceptar que comparado con los otros grandes dioses, no soy de los que lo crean todo, un universo, un planeta, y que luego lo siembran con minerales, plantas y animales y luego de gente. Y que después pasan a dárles reglas a las que oír, obedecer y respetar.

Me podría llamar un dios rústico, que está aprendiendo a serlo. Contrariamente a los dioses que son o tienen apariencia de humanos y claman el ser dioses, yo al final (qué triste), he aprendido que realmente soy solamente lo que ellos llaman un «ídolo», o sea, que me adoran, pero no por mí, sino porque represento algo muy poderoso: a una deidad, un demonio o a un espíritu.

Me llegó al alma cuando me enteré de este pequeño detalle, ¡qué tristeza!, cuando me llaman «Je» no es conmigo con quien quieren hablar sino con mi superior. Qué desilusión, qué fracaso, soy

un simple aprendiz de diós, un intermediário que a pesár de tódo mi poder, ni siquiera puédo caminá. Ahóra al finál lo entiéndo, ésto débe explicár de dónde salen tantos dónes, débe ser Él, el que las envía.

Péro ¿reálmente lo que soy, es real, o simplemente soy lo que de mí cuéntan o me atribúyen los hómbrés?, lo dígo porque un día úno de los que me víno a adorár, le comentó a su acompañánte tódo lo que yo puédo hacér. Tódo fálso. Péro se lo explicó con tal convicción, que pensé que tal vez sí, que yo lo había hécho y me había olvidádo.

La verdád es que siéndo yo tan espléndido y que concédo cási tódo, (si estóy de buén humór), y me lo píden insisténtemente o con veneración, pués no compréndo la costúmbre que un día comenzó a ser habitúal: la de dárme cósas, hacérme ofréndas (pára que yo en compensación les dé lo que éllos quiéren). Qué rácanos son, algúnos me píden cási el ciélo y me dan pequéños regálos que yo no puédo comér, ni cogér, ni me interesán (y que al finál acában tirádos al río). Tampóco entiéndo por qué puéden pensár que ofreciéndome la vída y sacrificio de animáles y de séres humanos, puéden lográ más de mí. Qué crueldád y estupidéz.

De los pocos momentos agradables que tengo, es el de la visita de una mujer ya mayor que viene a charlar conmigo. Nunca me da ninguna ofrenda ni me pide nada. Me cuenta la vida que lleva y lo que durante el día ha hecho. Cuando por una caída se rompió mi brazo, fue ella la que lo reparó con cariño.

* * *

En fin, que hay ahora por toda América un sinnúmero de ídolos, dioses y creencias que nadie, nunca será capaz de igualar o unificar. Pero el gran viaje hacia el sur sigue. Y yo triste de mí, con la ilusión que tengo de acompañar en sus avances a este gran pueblo, me veo recluido en esta cabaña sin ver qué es lo que hay más allá.

Qué daría yo por ir a la cabeza de esa migración, acompañando a los todavía puros e iguales, no como un dios, sino como uno más y ayudarles a finalizar su misión.

* * *

FIN

Por Emílio Vilaró

Éste documento está disponible en formato .PDF, .ePUB y .MOBI en nuestra página Web:

Mi blog literario.

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Más de ciento veinte cuentos, relatos, ensayos, recetas y novelas en:

www.evilfoto.eu

Comentarios a:

buzon@evilfoto.eu



<https://www.facebook.com/emilio.vilarolucia>

Nóta del Autor:

Éste escrito está tildado, o sea: las palabras llévan la tilde (´), en el sitio en donde está el acénto.

Después de miles de lectúras de obras así escritas y leídas, podemos asegurár, que su lectúra es la normál, y al leér así, no hay ninguna diferéncia de pronunciació a la habituál.

Si deséa sabér los motivos, ¿cómo se puéde

tildár de fórmula automática? Y qué ventajas e inconvenientes tiene este tildado, puede leer este documento:

http://www.evifoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaciones a 1302:

**2017-07-03, 2018-09-08, 2018-09-10,
2018-09-14, 2018-09-15, 2019-09-14,
2019-09-15, 2019-09-16, 2019-09-17**